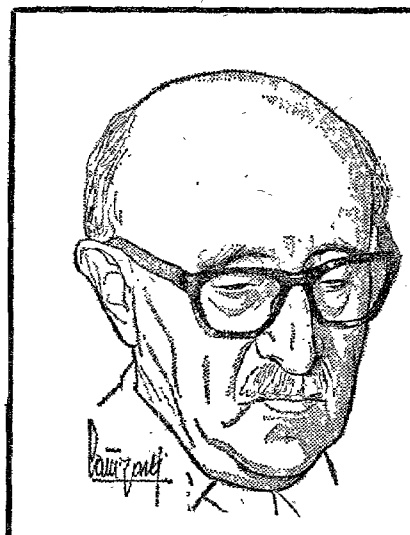
CARTA ULTIMA A

No será inoportuno, don Claudio, que en claro y sencillo castellano, sin chocarrerías de mal gacetillero, exponga yo a los lectores de A B C los antecedentes de la carta abierta que con tan manifiesto ánimo de injuriar me ha dirigido usted en un reciente suplemento dominical de este diario. En otro número, algo anterior, de «Los domingos de A B C», apareció con su firma un artículo —«El drama de la formación de España y los españoles» era su título— en el cual se ofendía con falsedad evidente, llamándole, entre otras cosas, «vilipendiador incoercible de lo hispano» y «envenenador de nuestra conciencia nacional», a un hombre ya muerto, eminente en el saber y en la docencia, del que yo me honré siendo amigo y que a mí y a muchos, tal es nuestra honrada convicción, nos ha dado con su obra vigorosas y penetrantes luces para entender sin desesperación, con el alma limpiamente abierta hacia el futuro, ese azorante y quemante «enigma histórico» que usted mismo ha visto en el pasado de España: Américo Castro. Este lamentable hecho, y con él una volandera, pero despectiva inclusión de mi nombre en la tosca y reiterativa prosa de su nuevo alegato contra la persona y la obra de Castro, me movieron a responderle, y así lo hice, creo que razonada y no chabacanamente, en una «Carta a Sánchez-Albornoz», impresa en dos números consecutivos de «Gaceta Ilustrada». No estará de más añadir que yo mismo envié a usted por vía aérea el recorte de ellos, amén de unas líneas manuscritas declarándole mi deseo de que, pese a las no leves discrepancias de pensamiento y de procedimiento patentizadas por el mencionado rifirrafe periodístico, perdurase entre usted y yo la buena relación que hasta entonces había existido.

Hasta aquí, los hechos anteriores a su carta abierta, tan lamentable como el artículo antes nombrado y tan injuriosa como él, aunque ahora, ya muy abierta y achulapadamente, contra mi persona. Voy a responder con brevedad a sus juicios, sus insidias y sus insultos. Pero permítame, don Claudio, que en este triste empeño trate de ser fiel a mí mismo y me obstine en no sustituir las razones con viejos latiguillos de cafetín viejo. Primero, porque, como dice nuestro pueblo y yo acabo de recordar, «cada uno es cada uno»; mas también, porque debajo de todo esto hay algo muy grave: el grande, sangriento y todavía no bien resuelto drama histórico de nuestro país, y esto impone a nuestro comportamiento como españoles, incluso en el orden léxico, una exigencia mínima: la seriedad. Fiel, pues, a ese doble imperativo, procuraré espigar ordenadamente, para darles respuesta concisa, los más relevantes juicios, insidias e insultos que su carta abierta contiene. Y lo haré, como acaso dijera la sorna de Unamuno —pero el método no es tan malo, creo yo, cuando de lo que se trata es de puntualizar—, mediante una notarlesca enumeración ordinal de todos ellos. Seguiré en este empeño el hilo, el cordel, más bien, de su propia epístola.

1 **Primera inculpación: mi silencio ante sus observaciones privadas al librejo «A qué llamados España». Hubo en aquél, debo reconocerlo, incuria epistolar, y una vez más, por lo que a este inveterado vicio mío atañe, tengo que decir «mea culpa». Pero también hubo voluntad expresa de no contribuir por mi parte a la renovación de su terca e incorregible actitud polémica contra Américo Castro; actitud, conviene recordarlo, que nació en usted, y que en usted adquirió pronto muy agrio tono personal, sin la menor provocación previa de don Américo. Valga una explicación análoga para la falta de mi colaboración en el volumen de homenaje —tan ampliamente merecido, por lo demás— que con motivo de sus setenta años le ofrecieron colegas, discípulos y amigos. De veras lamento ahora que mi ausencia se notase.**

2 **Mi personal estimación de las ideas de Castro acerca de la realidad histórica de España y mi presunta incapacidad para enfrentarme esli-**



Claudio Sánchez-Albornoz

mativamente con «España, un enigma histórico». No ha habido en mí, contra lo que usted dice, «conversión al castrismo», sino paulatina convicción de la virtualidad de esas ideas para esclarecer muy buena parte del pasado y aún del presente de nuestro país. Tampoco he afirmado yo que «a la obra de Castro le falta trasfondo social»; me limité a indicar —sobremanera obvio hubiera parecido mi aserto al propio don Américo— que para componer «una entera y cabal historia de España habrá que añadir al torso de las intuiciones y descripciones castrianas multitud de datos tocantes a la economía, la política, la sociología, la vida religiosa, la actividad intelectual y las instituciones de nuestro país». Pero en tratándose de Castro o de mí, usted, don Claudio, una de dos: o no es capaz de entender lo que los textos rezan, o les aplica una hermenéutica mucho más atribuible a un Torres Villarroel que a un Ranke; no otra cosa puede pensarse ante la apicarada y grotesca hipótesis de haber escrito yo esas palabras «como preventiva vacuna izquierdista contra un radical cambio político en España», vacuna que, por supuesto, sibilina y amenazadoramente lo proclama usted, no ha de salvarme. Vamos, don Claudio, por favor; seriedad, buenas entendederas y buenos modales.

Y en cuanto a mi visión de «España, un enigma histórico...», lamento decirle que en su juicio se equivoca de medio a medio. Aun cuando no sea faena suave, porque la mazorralidad de sus dos gruesos volúmenes no es logro literario fácilmente igualable, he leído ese libro, y de ello son testimonio páginas de mi ensayo «La cultura española» (en «Una y diversa España», 1968), y aunque en él haya retazos historiográficos muy estimables o positivamente valiosos —retazos, digo—, debo confesar que su conjunto no me sirve para responder satisfactoriamente a las preguntas que ante la historia de nuestro pueblo una y otra vez me he visto obligado a plantearme. Entre otras, las que a manera de muestra compendiosa formulé en mi susomentada «Carta a Sánchez-Albornoz». ¡Qué le vamos a hacer!

3 **Nada, que usted no quiere o no sabe leerme a derechas. Yo no he blasonado de haber leído a Aristóteles, San Agustín, Santo Tomás y Kant, entre otras cosas, porque entiendo —acaso usted no, por lo que veo— que esas facturas constituyen un deber elemental para quien universitariamente haya de enseñar Historia. Yo me limité a decir, frente a su galana imputación de haber yo adoptado las ideas castrianas como artículos de la fe, que «en mi modesta, aunque ya no corta vida intelectual, creo haber dado muestras más que suficientes de no aceptar así ninguna criatura parida por mi nerva humana, aunque de ésta fuesen titulares Aristóteles o Kant, San Agustín o Santo Tomás de Aquino». Esto fue todo. A lo cual, creyendo sin duda hacer del contraste una gran frase, se me responde así: «Orgullosamente usted declara leer a Kant; humildemente yo reconozco que leo el A B C.» Allá usted con sus particulares preferencias lectivas. Ante tan ciceroniana perla dialéctica, quedo tamañito y no se me ocurre otro comentario.**

4 **¿Qué pensar de un historiador de campanillas para el que la moral civil de un pueblo —de la cual depende, entre otras cosas, la actitud colectiva ante el pago de los impuestos— tiene que ver con el modo de su religiosidad tanto como el trasero con las témporas? ¿Y qué de un maestro universitario que polemiza exhibiendo ese depurado estilo, o que atribuye a su bisabuela tan sobada y vieja expresión coloquial de nuestro idioma? (Entre paréntesis, don Claudio:**

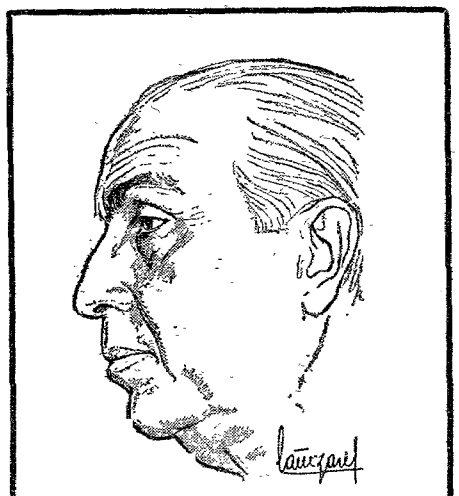
SANCHEZ-ALBORNOZ

cuando se dirija a lectores franceses, no escriba usted «collé monté»; si lo hace, van a reírse mucho.)

5 Deseando que nadie pueda tildarle de atacar en las columnas de A B C a republicanos honorables y muertos —Azaña, Castro—, yo no me he arrogado la representación de sus «viejos amigos» políticos; carezco de títulos para ello, aunque no me faltan entre los republicanos amigos excelentes. Escribiendo eso, me limité a expresar algo más oído que pensado y a deplorar el espectáculo de ver su edad y su significación metidas en tan inelegante tarea. Mucho mejor sería, creo yo, que usted reservase tales juicios para sus Memorias y que el autor de éstas fuese antes un historiador que un rompelunas.

6 Vengamos, sin embargo, al meollo de la cuestión: los párrafos que usted consagra a exaltar la ejemplaridad de su comportamiento moral y a menospreciar la calidad del mío. Bien. Doy por buena su ejecutoria; pero no necesito entrar en ella para ver en usted lo que efectivamente veo: un historiador de nota, aunque harto más eminente en el manejo de los documentos que en el comercio con las ideas, y un republicano español que ha sufrido el amargo dolor de la derrota y el exilio, un político que ha de vivir modestamente y que ha querido y sigue queriendo para su patria la libertad civil y la pacífica convivencia en la democracia. Quien me conozca, ¿será capaz de negar sin mentir el inmenso respeto que he sentido siempre ante la posesión de estos últimos títulos? «Sin ustedes o quienes a ustedes legítimamente les representen, España, para mí, no está completa», dije hace muchos años en México a un grupo de pobres socialistas españoles que me pidieron reunirse conmigo en una cena de amistad; y eso mismo, «in spe contra spem», sigo sintiendo hoy a mis solas. Pero también he dicho, y usted lo sabe, no hallarme dispuesto a tolerar que ningún español, de un bando o del otro, se arrogue ante mí y en tanto que español el papel de «hombre puro» y desde él me juzgue. Lo afirmaré de nuevo: mientras todos los españoles, todos, unos por nuestras acciones, otros por nuestras omisiones, no sepamos hacer juntos un serio examen de la propia conciencia, para decir, cada uno a su modo, «Como español, he pecado» —¡y qué bien serviría para tal acto el nervio de las ideas de Castro!—, mientras eso no acontezca, mientras en la mostración de nuestras personas prevalezca la ostentación de la propia dignidad sobre el recogimiento en la humildad propia, mientras todo esto no sea la base moral de nuestros proyectos colectivos, España, don Claudio, no pasará de ser un país en guerra civil latente.

Según usted, yo soy un hábil maniobrero que ha ido simulando diversas convicciones o conversiones para lograr su particular granjería. Déjeme decirle que después de leído este zafio artículo suyo me importan muy poco sus juicios personales. Usted me dice amenazadoramente, soñando a sus ochenta y un años, qué pena, futuros vindicativos: «Se engaña, esa vacuna no va a salvarle.» Hace casi un decenio, un ministro de este régimen gastó miles y miles de duros del erario público con el evangélico propósito de anularme como español; Dionisio Ridruejo, Montero Díaz, Aranguren, Maravall y Tovar fueron en tal caso mis compañeros de defenestración. Poco más tarde, alguien que estaba preparando su carrera de ministro y que luego lo fue, me decía en chulapesca carta privada: «No olvides que tú eres uno de los españoles más vulnerables.» Amenazado por quien sueña revanchas desde un quimérico poder, defenestrado o intimidado por quienes han sido y son titulares de un poder bastante más efectivo, ¿qué soy yo? A lo que parece, un pobre hombre que ni trepar sabe, un sujeto cuyo único consuelo político consiste en mirarse a sí mismo y en decir para su coleto,



Pedro Laín Entralgo

desfigurando y agravando la célebre coplilla de don Antonio Machado:

Españolito que vienes
al mundo, te guarde Dios.
Acaso las dos Españas
van a helarte el corazón.

Pero, no, no soy tan sólo eso. Fui lo que antes fui, hice lo que antes hice, y ahora soy lo que estoy siendo y hago lo que estoy haciendo. En este país de la hacienda monolítica —«derechista de toda la vida, republicano desde los pechos de mi abuela, católico a machamartillo, ateo o seudoateo desde antes de la Inquisición»—, he sabido revisar honestamente mi propia vida y, para quien de veras quiera y sepa leer, he dicho con claridad las razones que en mi fuero íntimo me han movido a ello: ahí están, sucesivamente, mi prólogo a «España como problema» (Madrid, 1955), el ensayo autobiográfico «El autor habla de sí mismo» («Obras». Madrid, 1965), los varios artículos recogidos en «El problema de la Universidad» (Madrid, 1968), las docenas y docenas de páginas periodísticas en que he comentado el mundo en torno a mí. Y año tras año, con el fruto que sea, sin aspavientos de hércules de feria y sin ademanes de falsa humildad, pero, eso sí, muy consciente de haber hecho algo, como dice nuestro pueblo, «presentable», he enseñado lo que iba sabiendo, he tratado de investigar en lo que aún no sabía, he procurado imbuir en mis discípulos y lectores el amor a la verdad, la ambición no codiciosa respecto de la obra propia, el espíritu de una convivencia basada en la personal autenticidad de los convivientes, la proyección de la vida —por mi parte, paulinamente lo he dicho antes, «in spe contra spem»— hacia una España en que sin utopías ni mesianismos tengan decorosa realidad la libertad civil, la justicia, la ciencia y la decencia. Me he esforzado, en definitiva, por conseguir que algunas palabras y algunas obras mías, mejores o peores en cuanto a su calidad intelectual y literaria —yo, don Claudio, ni he sido, ni quiero ser embajador ni ministro de nadie, porque no soy y no quiero ser otra cosa que operario de la inteligencia y de la pluma—, digan que he sido en este mundo, sin que yo tenga que avergonzarme de ellas.

Soy español por mi nacimiento, por mi lengua, por mi cultura y por mi decisión. Pudiendo estar ahora enseñando en las cátedras más prestigiosas de mi propia disciplina, he preferido quedarme en España mientras no me arrojen de ella. ¿Para qué? ¿Para lograr sinecuras, como su encono le hace decir? Piénselo usted así, si eso trae algún consuelo a la acritud de su ánimo o de sus humores. Yo le digo, don Claudio, aunque usted se obstine en no creerme, que vivo en España para hacer y seguir haciendo eso que antes declaré. Y para que luego se pudran mis huesos bajo un pedazo de nuestra difícil, áspera tierra. Como lo quiso mi amigo Américo Castro, que con ese grave designio en el cogollo de su alma regresó al solar de sus padres y sus hijos, de sus maestros y sus amigos. Como tantos otros españoles, muertos contra su voluntad de un tiro en el pecho o en la nuca. "¡Que me entierren en Avila, que mi cuerpo no se quede en la Chacarita!», me decía usted un día en Buenos Aires, con lágrimas en los ojos. Ojalá sea así, después de que su mirada, bien llena aún de vida, se haya saciado de esa luz transparente y todavía impoluta que se cierne sobre el valle del Amblés. Desde el nobilísimo proyecto de España —la España plural, concorde, educada y eficaz— a que desde dentro se hallan enderezadas las ideas historiográficas de Américo Castro, cualquiera que sea la opinión de usted acerca de ellas, esto, don Claudio, es lo que hoy sinceramente le deseo.

Pedro LAIN ENTRALGO
De la Real Academia Española